

Mary Kaldor
EL PODER Y LA FUERZA
La seguridad de la población civil
en un mundo global

Traducción de Alberto E. Álvarez
y Araceli Maira Benítez

Colección dirigida por Josep Ramoneda
con la colaboración de Judith Carrera

83
TIEMPO
DE MEMORIA
TUSQUETS
EDITORES

Índice

Agradecimientos	7
Abreviaturas	9
Introducción	13
1. Una década de intervención humanitaria (1991-2000)	35
2. El poder estadounidense: ¿de la «compelencia» al cosmopolitismo?	115
3. Nacionalismo y globalización	157
4. La intervención en los Balcanes: un proceso de aprendizaje inconcluso	189
5. La idea de una sociedad civil global	207
6. Guerra justa y paz justa	237
7. Seguridad humana	279
Apéndices	
Notas	305
Índice onomástico y de materias	329

Introducción

La guerra ya no existe. Hay, sin duda, confrontaciones, conflictos y combates en todo el mundo [...] y los estados aún tienen fuerzas armadas que utilizan como símbolos de poder. Sin embargo, la guerra tal y como la entienden la mayoría de los combatientes, la guerra como contienda en un campo de batalla entre hombres y maquinaria, la guerra como gran acontecimiento decisivo en una disputa de asuntos internacionales, esa guerra ya no existe.

Rupert Smith, *The Utility of Force*

La guerra de Irak de 2003 puede considerarse un buen ejemplo que ilustra por qué necesitamos abordar la seguridad desde una perspectiva nueva. El presidente George W. Bush y su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, aseguraban que estaban librando un nuevo tipo de guerra basado en la aplicación de tecnologías de la información y de la comunicación. Sin embargo, el planteamiento era de hecho bastante tradicional; reproducía los métodos que, según el general Rupert Smith, entendemos como «guerra», en la medida en que se empleaban fuerzas militares convencionales para invadir Irak y para intentar vencer posteriormente a los insurgentes. Lo que Rumsfeld denominaba «transformación de la defensa» tan sólo significa incorporar nuevas tecnologías a estructuras y estrategias tradicionales.

La transformación de la seguridad va mucho más allá del cambio tecnológico; implica un cambio en las relaciones entre las comunidades durante la guerra y en el carácter de las amenazas a las que nos enfrentamos. La

incapacidad para comprender la transformación de esas relaciones sociales explica por qué los estadounidenses (y los británicos) se han visto progresivamente inmersos en una combinación de insurgencia y «confrontación, conflicto y combate» sectarios que han atraído como un imán al terrorismo global.

Este libro es una recopilación de ensayos en torno a este asunto, escritos durante los primeros cinco años del presente siglo. Defiende una nueva aproximación a la seguridad basada en un diálogo global, un debate público entre grupos de la sociedad civil e individuos, así como entre estados e instituciones internacionales. Los capítulos constituyen una continuación lógica del trabajo que desarrollé en la década de 1990, centrado en las características de las «nuevas guerras» en lugares como los Balcanes o África, o lo que Rupert Smith denomina «guerras entre personas».¹ En la presente introducción presentaré mi concepción de las guerras viejas y nuevas, la Guerra Fría y la sociedad civil global, puesto que provee de un marco conceptual e histórico a los capítulos del libro. A continuación, plantearé unas breves puntualizaciones metodológicas y normativas, y en la sección final resumiré cada uno de los ensayos.

Consideraciones previas

Comencé a utilizar la expresión «nuevas guerras» a mediados de los años noventa, cuando era copresidenta de la Asamblea de Ciudadanos de Helsinki y visitaba delegaciones locales en lugares como Bosnia-Herzegovina o Nagorno Karabaj. Me percaté de que esos conflictos eran muy diferentes de mis ideas preconcebidas sobre la guerra, unas ideas en su mayor parte fundadas en lo que

había aprendido en mis investigaciones, y en los medios de comunicación, sobre las guerras mundiales del siglo xx. También advertí que la mayoría de las personas, incluidos los responsables políticos que ocupaban puestos clave, compartían esas mismas ideas preconcebidas, y que ello les impedía adoptar políticas apropiadas. En consecuencia, elegí la expresión «nuevas guerras» con el propósito de subrayar que tales conflictos son muy diferentes de las «viejas guerras» sobre las que se asientan nuestras ideas preconcebidas.

Mediante la expresión «viejas guerras» me refiero a los conflictos que se desarrollaron en Europa desde finales del siglo xviii hasta mediados del siglo xx (la versión idealizada de este tipo de guerra es la que ha llegado a representar lo que entendemos por guerra). La «vieja guerra» es la guerra entre estados librada por fuerzas armadas uniformadas, en la que el enfrentamiento decisivo es la batalla. Las «viejas guerras», como convincentemente ha argumentado Charles Tilly, estaban ligadas al ascenso del estado-nación moderno y constituyeron los estados.² «La guerra hizo a los estados, y viceversa», afirma Tilly.³ En las guerras, los estados fueron alcanzando la capacidad de monopolizar la violencia organizada y de eliminar los ejércitos privados, los bandoleros, las levas feudales, etcétera, y establecer fuerzas profesionales al servicio del estado. Los impuestos y los préstamos aumentaron, al igual que la eficacia administrativa y los servicios públicos y, sobre todo, se forjó el concepto de comunidad política. Las comunidades imaginadas, basadas en el desarrollo de periódicos y novelas en lenguas vernáculas, gracias al cual los que hablaban el mismo idioma llegaron a verse a sí mismos como integrantes de una comunidad, se consolidaron en la guerra. Carl Schmitt analiza el concepto de lo político

que subyace al estado moderno. Para él, al concepto de lo político le es intrínseca la distinción amigo-enemigo, la cual, afirma, está vinculada a la «posibilidad física y real de matar». ⁴ La tarea del estado era defender el territorio contra otros, y tal quehacer dotaba de legitimidad al estado. *Protego ergo oblige* («Protejo, luego soy obedecido»), según Schmitt, «es el *cogito ergo sum* del estado». ⁵

Las «viejas guerras» se libraban siguiendo, al menos en teoría, ciertas reglas, normas codificadas entre finales del siglo XIX y principios del XX en las Convenciones de Ginebra y de La Haya –disposiciones relativas, entre otras cosas, a la reducción al mínimo de las bajas civiles y al trato correcto de los prisioneros–. Hay una delgada línea entre los héroes y los criminales, entre matar legítimamente y asesinar.

Las que denomino «nuevas guerras» son exactamente lo contrario. Se trata de enfrentamientos que tienen lugar en el contexto de la desintegración de los estados (en general, de estados autoritarios bajo el impacto de la globalización). En ellas contienden redes de actores estatales y no estatales, a menudo sin uniforme, en ocasiones con señales distintivas tales como cruces, o gafas Ray-Ban, como la milicia croata en Bosnia-Herzegovina. Son guerras en las que no abundan las batallas y la violencia se dirige en su mayor parte contra los civiles debido a las tácticas de contrainsurgencia o de limpieza étnica. En ellas los impuestos disminuyen y la guerra se financia mediante el botín y el saqueo, el comercio ilegal y otros ingresos generados por las hostilidades. En estos conflictos, las distinciones entre combatiente y no combatiente, violencia legítima y criminalidad se están difuminando. Exacerban la desintegración del estado: descenso del PIB, reducción de la recaudación de impuestos, pérdida

de legitimidad, etcétera. Sobre todo, construyen nuevas identidades sectarias (religiosas, étnicas o tribales) que socavan el sentido de comunidad política compartida. De hecho, cabría considerar que tal es el propósito de estas guerras. Redefinen el sentido de comunidad política siguiendo nuevas líneas de división, y lo hacen creando miedo y odio. Establecen nuevas distinciones amigo-enemigo. Además, estas identidades políticas sectarias a menudo están inextricablemente ligadas a redes criminalizadas que proporcionan los cimientos de una economía sumergida global.

A diferencia de lo que ocurre en las «viejas guerras», que acababan con la victoria o la derrota, es muy difícil poner fin a las «nuevas guerras». A las partes en conflicto les interesa que la violencia continúe, por motivos tanto políticos como económicos. Es más, tienden a propagarse a través de refugiados y desplazados, de redes criminalizadas y de las ideologías sectarias que elaboran.

Por supuesto, estas guerras no son completamente «nuevas». Tienen mucho en común con los enfrentamientos del periodo premoderno en Europa y con los conflictos desencadenados fuera de Europa a lo largo del periodo de las «viejas guerras». Es posible incluso identificar algunos elementos de lo que he denominado «nuevas guerras» en las «viejas guerras» –por ejemplo, en el efecto de la Primera Guerra Mundial sobre el Imperio otomano–. Subrayo la distinción porque nos ayuda a comprender lo que sucede hoy en día y lo que debemos hacer al respecto. En buena parte de la bibliografía actual, las «nuevas guerras» se describen como «guerras civiles». Se argumenta con frecuencia que han disminuido los conflictos interestatales y que los enfrentamientos civiles han aumentado. Me he opuesto a esa terminología porque las «nuevas guerras» desdibujan la distinción en-

tre lo interno y lo externo, y debido a las implicaciones que esa expresión tiene en la política. La guerra de Bosnia, ¿fue un enfrentamiento civil yugoslavo o internacional? La guerra en la República Democrática del Congo, en la que se involucraron varios estados vecinos, ¿fue interestatal o civil? En términos políticos, la expresión «guerra civil» implica no intervención. La idea de intervención internacional para proteger a las personas de las violaciones de los derechos humanos a gran escala es mucho más controvertida, pese a la reciente aprobación del concepto de «responsabilidad de proteger». Hay razones en pro de la intervención internacional para defender un estado contra una agresión en un escenario de guerras interestatales. Pero ¿es relevante que las violaciones de los derechos humanos las cometan extranjeros y, por lo tanto, se consideren «agresión», o que las cometan compatriotas y entonces se denominen «represión»? En Bosnia, ¿era relevante que la limpieza étnica la perpetraran serbobosnios o serbios de Serbia? Por otro lado, el empleo de la expresión «guerra civil» implica que los esfuerzos realizados desde el exterior, se consideren o no una intervención, tienden a converger en los estados-nación individuales, cuando en realidad toda «nueva guerra» desborda fronteras y ha de tratarse en un contexto zonal. Cabe alegar un argumento similar en relación con la expresión «guerra privatizada», utilizada por algunos autores. Es cierto que en las nuevas guerras se hallan implicados grupos armados no estatales, pero generalmente vinculados a ejércitos regulares o a lo que queda de ellos. Lo relevante, más bien, es que en las «nuevas guerras» la distinción entre lo público y lo privado también se torna borrosa.

Las «viejas guerras» alcanzaron su apogeo a mediados del siglo xx. La aplicación de la ciencia y la tecnolo-

gía para matar, junto con el aumento de la capacidad de movilización de los estados, condujeron a la destrucción a una escala inconcebible. Cerca de treinta y cinco millones de personas murieron en la Primera Guerra Mundial y alrededor de setenta millones en la Segunda Guerra Mundial. Morían tantas personas en unas semanas en Auschwitz como durante el tsunami en el Índico o en toda la guerra de Bosnia-Herzegovina. Parecido número de personas perdió la vida en una sola noche en los bombardeos de Tokio, Dresde, Hamburgo, Hiroshima o Nagasaki. Por otro lado, más de la mitad de las víctimas en la Segunda Guerra Mundial eran civiles. De la experiencia de esos conflictos surgió el estado totalitario centralizado y los bloques de estados, el punto culminante de la construcción del estado. Cuando George Orwell escribió *1984*, su visión de la pesadilla de unos bloques totalitarios enfrentados, pensaba no sólo en la Unión Soviética sino en la Gran Bretaña de la posguerra: *1984* es una trasposición de 1948. En particular, estas guerras totales dieron origen a un nuevo concepto de lo político que se extendía más allá del estado y llegaba hasta los bloques de naciones: la idea de la democracia contra el totalitarismo o del socialismo contra el fascismo. La Guerra Fría puede concebirse como un modo de mantener viva esta idea de la «vieja guerra», ligada a una noción amplia de la comunidad política. En el discurso de los políticos se hallan profundamente arraigadas las formas de ver el mundo vinculadas a la «vieja guerra». Y eso, cabe alegar, les impide ver la realidad de las «nuevas guerras».

Durante la Guerra Fría solía afirmarse que Europa, o incluso el mundo, disfrutaban de «paz». Aparte del hecho de que había auténticas guerras en Hungría, Checoslovaquia y en gran parte del entonces llamado Tercer Mundo, en Europa vivíamos como si estuviésemos en

guerra, con millones de hombres en las fuerzas armadas, ejercicios militares frecuentes, tramas de espías, propaganda hostil, etcétera. Y vivíamos experimentando gran parte de la angustia y el miedo asociados a la guerra así como a ciertas organizaciones –las industrias de la defensa, el estado centralizado–, y, desde luego, teniendo presente la distinción entre amigo y enemigo que definía al mundo dividiéndolo en dos campos ideológicos y que proporcionaba un mecanismo para desacreditar a la oposición. Por ello, yo prefiero calificar la Guerra Fría como una «guerra imaginaria». ⁶

Durante ese periodo, la Guerra Fría se consideraba un intenso enfrentamiento ideológico, una «Gran Contienda», en palabras de Deutscher, entre la democracia y el totalitarismo, o entre el capitalismo y el socialismo. ⁷ Y yo sostendría que esta idea, este «choque global», era un modo de definir la comunidad política dentro de cada bloque. La Guerra Fría convenía a ambos bandos. La Segunda Guerra Mundial había resuelto los problemas del desempleo masivo y del destructivo nacionalismo económico de la década de 1930 en Occidente, y de la ineficacia y la falta de legitimidad en el Este. La Guerra Fría reprodujo esas soluciones. En cierta manera, tanto la derecha como la izquierda coincidían en apoyar esta idea. La derecha describía el conflicto como un enfrentamiento entre libertad y totalitarismo. La izquierda se desacreditaba considerándolo un conflicto entre capitalismo y socialismo.

Nada de ello fue consecuencia de decisiones tomadas conscientemente por las respectivas elites. Fue, más bien, el resultado de sus propias experiencias en la Segunda Guerra Mundial, de las estructuras estatales que se establecieron durante ese conflicto. Por ejemplo, la evolución de la carrera armamentística durante la Guerra Fría

se explica mucho mejor si imaginamos que ambos bandos estaban armándose para combatir no entre ellos, sino contra un enemigo alemán fantasma. Así, los estadounidenses continuaron poniendo el acento en el bombardeo estratégico; con la aparición de los misiles, las armas nucleares se consideraron una continuación de los bombardeos a larga distancia y colocadas bajo el Mando Aéreo Estratégico. Estados Unidos preveía una guerra relámpago convencional en las llanuras del norte de Alemania y se imaginaba a sí mismo acudiendo raudamente en ayuda de los europeos valiéndose de una pericia superior. Los rusos, por su parte, nunca efectuaron bombardeos estratégicos; al contrario, consideraban el bombardeo una táctica fascista. Creían que no había alternativa al ejército de tierra convencional. La aviación se contemplaba como un apoyo de las fuerzas terrestres, «la sierva de la artillería», como Stalin la denominaba, por lo que cuando se desarrollaron los misiles se los consideró artillería y fueron colocados bajo el mando de la Academia de Artillería.

Tampoco había simetría en los dos lados. Muchas personas en Occidente apoyaban la Guerra Fría y sentían que las beneficiaba. Pero la imposición del estalinismo fue una tragedia para los pueblos de Europa central y, cabe argumentar, el dominio soviético en dicha zona se sustentó en la Guerra Fría.

Durante ese periodo, al menos en el campo occidental, estuvo siempre en cuestión la «credibilidad». Si la guerra era puramente imaginaria, ¿durante cuánto tiempo seguirían los enemigos y los amigos creyendo en el poder estadounidense? En las décadas de 1950 y 1960 se acumuló una cantidad asombrosa de armas nucleares, suficiente para destruir el mundo varias veces. La estrategia, según Clausewitz, es la utilización de la fuerza mi-

litar para fines políticos. Pero, se preguntaban los estrategas como Schelling, ¿qué significa la estrategia, si las armas son demasiado peligrosas para ser usadas? ¿Qué sucedería si no se disuadía a los insurgentes en Latinoamérica o en el Sudeste Asiático? ¿Cómo emplear la fuerza de manera limitada? De hecho, la compleja diferenciación de tipos y funciones de armas nucleares (tácticas, de teatro y estratégicas) en un contexto en que el uso de cualquier arma sería devastador resultaba, como mínimo, profundamente problemática.

En este rompecabezas, mi opinión es que la estrategia terminó por convertirse en la cuestión de cómo utilizar la fuerza en una guerra imaginaria en la que todos sabían las reglas. Los crípticos debates occidentales sobre, por ejemplo, los dilemas entre la destrucción mutua asegurada o la respuesta flexible, deben explicarse en estos términos. El complejo argumento esotérico a favor de adquirir armas nucleares defendido por Richard Perle, uno de los estrategas nucleares más conocidos, ayudante del secretario de Defensa durante el gobierno de Reagan e integrante del equipo neoconservador del entorno del presidente George W. Bush, ilustra la naturaleza imaginaria de la estrategia nuclear: «Siempre me ha preocupado menos lo que ocurriría en un intercambio nuclear real que el efecto que el equilibrio nuclear tiene sobre nuestra disposición a correr riesgos en situaciones concretas». «No es que esté preocupado por que los soviéticos vayan a atacar Estados Unidos con armas nucleares confiando en ganar esa guerra nuclear. Lo que me preocupa es que un presidente estadounidense sienta que no puede actuar en una crisis porque las fuerzas nucleares soviéticas son tales que, si tuviese lugar una escalada, ellos estarían mejor situados que nosotros para subir esa escalera»,⁸ decía Perle. La Iniciativa de Defen-

sa Estratégica, conocida popularmente como Star Wars, o la actual Defensa Nacional Antimisiles, pretendían proteger imaginariamente a Estados Unidos para que se pudiese emplear de nuevo la fuerza.

Cabe entender la Guerra Global contra el Terrorismo como un intento de reproducir el relato de la Guerra Fría por parte de una generación educada en la mentalidad de la guerra imaginaria permanente (idea que desarrolló en el capítulo 2 de este libro). Creían que Estados Unidos había «ganado» la Guerra Fría porque la Unión Soviética ya no podía competir en la carrera armamentística. La receta de la «vieja guerra», por lo tanto, fue recuperada tras el 11 de Septiembre; era intrínseca a la constitución psicológica de los hombres del entorno del presidente Bush. Pero a diferencia de la Guerra Fría, la Guerra Global contra el Terrorismo ha llevado a dos conflictos reales. En Irak, Estados Unidos se está viendo arrastrado a una verdadera «nueva guerra» global. Debido a la insuficiente cantidad de tropas, más empresas privadas contratadas se implican en el conflicto, que enfrenta así a una red de actores estatales y no estatales. Dado que resulta tan difícil distinguir entre insurgentes y combatientes, las principales víctimas son civiles. Como los insurgentes son en su mayoría suníes, la guerra ha adoptado progresivamente un carácter sectario, construyendo identidades sectarias en entornos urbanos mixtos. Además, la guerra se está extendiendo a los vecinos de Irak y de Afganistán, así como al este de África.

Desde luego, hubo verdaderas guerras durante la Guerra Fría, entre las que destacan las de Corea, Vietnam y Afganistán. Aunque murieron millones de personas –muchas más que hoy en día en Irak y Afganistán–, se las calificó de «limitadas» porque no supusieron una confrontación directa en Europa entre Estados Unidos

y la Unión Soviética. Pero a pesar de su naturaleza «limitada», tanto Vietnam como Afganistán pusieron en duda la credibilidad de la fuerza militar convencional a gran escala y empezaron a cuestionar el relato de la Guerra Fría. En los veinte años que siguieron a Vietnam, comenzó a gestarse un discurso que vinculaba los conceptos de paz y derechos humanos (la «nueva paz», si se desea o, aun mejor, la seguridad humana). En el periodo de las «viejas guerras», la paz estaba vinculada a las relaciones entre estados,⁹ mientras que la ley y los derechos se vinculaban a los asuntos nacionales, algo que los teóricos de las Relaciones Internacionales denominan la «Gran División».¹⁰ El desarrollo de lo que se ha dado en llamar «régimen de los derechos humanos» –consecuencia tanto de los avances en la legislación de los derechos humanos, las Convenciones y los Acuerdos de Helsinki de 1975, como de la proliferación de activistas preocupados por los abusos de los derechos humanos, especialmente en Latinoamérica y Europa del Este–, resultó fundamental para empezar a superar la «Gran División». Los movimientos pacifistas, hasta ese momento centrados en oponerse a la guerra y a la carrera armamentística, comenzaron a ocuparse de asuntos relacionados con los derechos humanos tras la firma de los Acuerdos de Helsinki. Yo estuve implicada en el diálogo entre el movimiento pacifista de Europa occidental y la oposición en Europa oriental durante la década de 1980. Gracias a ese diálogo se debatieron y elaboraron conceptos tales como sociedad civil paneuropea o global, o seguridad cívica o humana. Mi versión del final de la Guerra Fría es que el relato de la misma, la idea de un diálogo permanente Este-Oeste, perdió su atractivo en el imaginario, de manera particular pero no exclusiva, del Este.

Al analizar las «nuevas guerras» en términos de las

relaciones sociales en la guerra, llegamos a un planteamiento muy diferente sobre el modo de enfrentarse a los conflictos de este tipo y, de hecho, sobre el modo de enfrentarse al terrorismo en general. La «nueva guerra» global que quizá se desarrolle como consecuencia de las guerras en Irak y Afganistán (y del modo en que estas guerras están extendiéndose) puede considerarse una manera de construir un «choque de civilizaciones», y quizás esté ya contribuyendo al aumento del islamismo radical. El riesgo del terrorismo es demasiado serio como para que lo secuestren fantasías de la «vieja guerra». Yo alegraría que, de modo muy similar, la Guerra Fría y las armas nucleares nos impidieron adoptar una estrategia seria para socavar el comunismo; ello sólo era posible en un contexto de distensión. La Segunda Guerra Mundial marcó verdaderamente el final de las «viejas guerras». Las confrontaciones de esa índole son imposibles; sencillamente son demasiado destructivas para llevarse a cabo y se han tornado inaceptables y, de hecho, ilegítimas. La guerra de ocho años entre Irán e Irak fue, con toda probabilidad, la excepción que confirma la regla. Resultó inmensamente destructiva y condujo a un punto muerto militar; además, al menos en el lado iraquí, lejos de consolidar el estado, fue el comienzo de la desintegración del mismo, la caída hacia un nuevo conflicto.

Las «nuevas guerras» violan deliberadamente todas las convenciones de la «vieja guerra», así como el nuevo corpus de legislación sobre derechos humanos, un corpus introducido a partir de la Segunda Guerra Mundial. La clave para afrontar las «nuevas guerras» es la reconstrucción de la legitimidad política en torno a las ideas sobre derechos humanos y sociedad civil global que fueron reinventadas en las últimas décadas de la Guerra

Fría. Si las «viejas guerras» establecían la noción de legitimidad política en términos de la distinción amigo-enemigo, en las «nuevas guerras» tal distinción destruye la legitimidad política. Por ello dicha legitimidad sólo puede reconstruirse sobre la base de un acuerdo cosmopolita y en el marco del derecho internacional. Supone apoyar los esfuerzos de democratización en situaciones difíciles o emplear diversos instrumentos y leyes internacionales para apoyar y reforzar tales procesos. Uno de esos instrumentos es la utilización de la fuerza militar, pero entre los temas importantes que aborda este libro se encuentra la necesidad de emplear las fuerzas militares, junto con las capacidades civiles, de modos totalmente nuevos que se asemejan más a asegurar el cumplimiento de la ley que al conflicto bélico.

Los capítulos de este libro desarrollan esta aproximación. Carl Schmitt sostendría que no puede haber comunidad política sin enemigos, y que cuando la fuerza se usa en nombre de la humanidad, el adversario deja de ser un enemigo para convertirse en un delincuente, alguien que altera el orden público, por lo que la comunidad política deja de existir. Si está en lo cierto, el futuro es muy sombrío; podemos prever una «nueva guerra» global generalizada. Pero si creemos que las comunidades políticas pueden cohesionarse mediante la razón en vez de mediante el miedo, entonces hay una posibilidad alternativa, una transformación de la naturaleza del estado, en la que los estados ya no estén ligados intrínsecamente a la guerra y operen dentro de un marco multilateral. Y en cuanto al argumento relativo a la humanidad, podríamos darle la vuelta. Si denominamos enemigos a los terroristas, les conferimos estatus político; de hecho, quizá persigan eso. Tal vez lo más apropiado sea considerarlos delincuentes, alteradores del or-

den, y utilizar métodos más cercanos a los que se utilizan para asegurar el cumplimiento de la ley, y no los métodos de las «viejas guerras».

Consideraciones metodológicas y normativas

Mi punto de partida es la asunción de que, en el mundo de hoy, hay un vacío real de seguridad. En áreas tales como Oriente Medio, África oriental o central o Asia central, donde se están librando «nuevas guerras», millones de personas viven diariamente con miedo a la violencia. Por otra parte, las «nuevas guerras» se entrelazan de modo progresivo con otros peligros globales, como la propagación de enfermedades, la vulnerabilidad a los desastres naturales, la pobreza y la falta de vivienda. Sin embargo, nuestras concepciones de la seguridad, provenientes de la experiencia dominante de la Segunda Guerra Mundial, no reducen esta inseguridad, sino que la agravan. El propósito de la mayoría de estos ensayos es desarrollar propuestas nuevas para abordar este vacío de seguridad.

Pero se necesita un lenguaje nuevo. El modo como percibimos actualmente la seguridad, el lenguaje de la «vieja guerra» de que nos servimos, es lo que nos impide encontrar soluciones novedosas. La mayoría de estos ensayos analiza las distintas posturas y los argumentos que se emplean para legitimar decisiones políticas. La base de las ciencias sociales son los relatos. Algunos de ellos se ajustan a las pruebas mejor que otros. No puede darse un ajuste perfecto, porque el relato sería tan moroso como la propia vida. Sería un espejo de la vida en vez de una abstracción que separa ciertos aspectos de la vida que nos ayudan a guiar nuestros actos.